

CINCUENTA AÑOS DE DEMOCRACIA.

BALANCE

P. Pedro Trigo, S.J.¹

Abstract:

We intend to make the balance of these fifty years of democracy from our history; that problem is to solve the structural dualism between lords and servants (or slaves or laborers or servants) and among city and countryside, which is a cultural dualism. Nor the emancipation, nor the federal war, nor the general Medina resolved it. The first phase of democracy laid the groundwork to resolve it by facilitating the popular "subjectuality" and give the people the means (efficient and productive work) to be trained and promoted. However modernization, which amounted to Westernization, not satisfactorily solved the problem of culture. The second phase of democracy, not only did not elaborate the process, but led to nearly lose these achievements. The government of Chavez has been a missed opportunity, but leaves as assets, placing people in the center of everything and put on the table the issue of multiculturalism. We have not yet solved the problem of our history, but it is expressly raised and there is now a national will to pursue it.

Keywords: structural dualism, productivity, rentism, democracy, modernization, multiculturalism, grassroots organizations, Leninist structure, messianic personalism.

¹ El P. **Pedro Trigo** es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudio Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de la Iglesia y de pastoral que él represento. En 1973 fue Discipulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al grupo Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de caracas. Vive en una parroquia popular y acompaña a comunidades cristianas populares. Anima y asesora a la Vida Religiosa en Venezuela y América Latina, comprometido en un esfuerzo intercongregacional en orden de una Vida Religiosa inserta e inculturada en los medios populares. Escribe regularmente en varias revistas de pensamientos españolas y latinoamericana, sobre todo en temas de Teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosas publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLa, ITER, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo. . .

INTRODUCCIÓN: PERSPECTIVA Y MÉTODO

La conveniencia de hacer una evaluación de nuestra democracia deriva, no sólo ni principalmente del hecho de que medio siglo es un número de años respetable y hasta emblemático que sugiere la conveniencia de hacerla, sino sobre todo de que estamos al fin de un ciclo, que hace ver la necesidad de concebir una auténtica alternativa, que recoja sus virtualidades y supere sus limitaciones y perversiones. Pero no se puede diseñar una alternativa, si no sabemos con la mayor exactitud posible cuáles son nuestras dotes, lo que de positivo ha fraguado en estos años y las virtualidades que hemos adquirido a través de ellos, y cuáles son nuestras limitaciones, nuestras deformaciones, lo que en nosotros como cuerpo social resiste a una transformación superadora. Esto es lo que pretendemos perfeccionar en este ensayo, que se suma a otros muchos que se emprenden en nuestro país con el mismo objetivo.

Desde lo dicho aparece ya de entrada que nuestro presupuesto es el convencimiento de que este ciclo democrático ya dio de sí y que por tanto no hay nada que buscar en las figuras que lo representan, que meramente se sobreviven y nada tienen que aportar al ahora. Me refiero en primer lugar a la oposición, no a toda, pero sí a la mayoría, que representa el antes y el desde arriba, y en segundo lugar al Presidente, que ha perdido y ha hecho perder al país una de las ocasiones más propicias de nuestra historia, para avanzar, tanto en el rediseño del país para que exprese su carácter multiétnico y pluricultural, como en nuestra inserción no apendicular en la mundialización.

Pero la nueva figura histórica no se hará desde la nada. Ningún cambio empieza de cero y es una ceguera no verlo así y creerse que con él y su propuesta empieza la verdadera historia de la que todo lo anterior no fue sino mera preparación. El cambio no se reducirá a nueva versión de lo mismo sino que se constituirá en alternativa superadora, cuando incorpore las virtualidades de esta figura histórica y supere sus desventajas. De este convencimiento deriva la necesidad de evaluarla. Y con este propósito constructivo la emprendemos.

Dividimos este ciclo en dos etapas: los primeros cuarenta años y los diez de Chávez, y a su vez dividimos la primera fase en otras dos mitades, ascendente la una, que dura hasta el año 1979 y descendente la otra, que acaba con la elección del actual Presidente. Pero antes de presentar cada período, nos referiremos al problema de nuestra historia, que también nosotros tenemos que enfrentar y tratar de resolver.

Otra observación crucial es que la historia no es ni lineal ni ascendente. La historia es simplemente abierta y en ella caben igual avances que retrocesos. Es decir, que lo conseguido en una etapa, puede perderse en otra. Nos referimos a la historia entendida como historia de la humanidad en el sentido cualitativo, ya que la historia en cuanto desarrollo técnico y organizativo es, obviamente ascendente.

EL PROBLEMA DE NUESTRA HISTORIA

Venezuela nace con un problema capital con dos expresiones conectadas: el problema es el dualismo estructural y las dos expresiones son la oposición campo-ciudad y señores-peones (o amos-esclavos y amos-criados). La conexión entre ambas oposiciones estriba en que los señores son los vecinos de las ciudades, los que tienen voz y voto en el cabildo y luego de la emancipación, los ciudadanos con plenos derechos y la clase dirigente. Éstos, además de comerciantes y banqueros, son, sobre todo, hacendados: los dueños de la tierra, que tienen dominio sobre peones y esclavos, e incluso sobre los intermediarios.

La dinámica que atraviesa la historia de nuestro país va en la dirección de superar ese dualismo para alcanzar la igualdad, no sólo igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades sino más profundamente igualdad en principio en la estimativa social y cultural, en el respeto y la consideración de las personas. Ahora bien, conquistar la igualdad entraña la superación de la dependencia estructural: la libertad de los esclavos y de los criados respecto de sus amos y de los peones respecto de los hacendados. Pero la superación de este dualismo estructural requiere un elemento decisivo: la capacitación de los del campo y en general de los de abajo para que su solvencia económica y la conciencia de su suficiencia (porque la han adquirido con su esfuerzo), les permita vivir sin amos ni tutores.

CIVILIZACIÓN-BARBARIE, UNA OPOSICIÓN SIN DINAMISMO HISTÓRICO PARA RESOLVERSE SUPERADORAMENTE

La república señorial que surge en 1830, llamada convencionalmente oligarquía conservadora, pero económicamente liberal, gira simbólicamente alrededor del eje barbarie-civilización, que entraña la salida del confinamiento hispano, tenido como atraso y rutina, y la incorporación sistemática del país a las

corrientes del occidente desarrollado. La expresión más significativa y cargada de consecuencias de esta dirección vital fue la implantación radical del liberalismo manchesteriano, que no trajo consigo mayor creación de riqueza sino su concentración en muy pocas manos y la ruina de muchos pequeños y medianos productores.

Esta orientación al progreso, entendido de este modo economicista, no pudo, sin embargo, imponerse y modelar institucionalmente al país. Quienes la sustentaban eran una minoría que no tomaba en cuenta la realidad del país. Por eso lo que simbolizó esta época no fue la transformación del Centauro de los Llanos en un hombre enlevitado que aprendió incluso a tocar piano y viajó a Estados Unidos, sino la ruralización de la vida pública por la influencia de los caudillos del interior.

Es verdad que Guzmán Blanco retomó el proyecto modernizador proponiendo la educación popular y el saneamiento ambiental. Pero fue muy poco lo que se hizo y por eso todavía en 1929 Rómulo Gallegos, en la novela emblemática de la generación del 28, *Doña Bárbara*, pudo plantear el problema nacional como la lucha entre la barbarie ancestral y la civilización que traen los criollos pasados por la universidad, que a diferencia de las élites tradicionales, no se confinan en su torre de marfil en las ciudades sino que remontan el territorio del interior, dejado hasta entonces a la incuria, que es como remontar el tiempo, para acabar con el imperio de la fuerza e implantar la ley y las reformas económicas y de costumbres que traigan la modernidad.

MODERNIZACIÓN POLÍTICA COMO PALANCA PARA LA MODERNIZACIÓN INSTITUCIONAL, SOCIAL Y ECONÓMICA

La explotación del petróleo en gran escala, a partir de los años veinte, bajo el régimen de concesiones, dotó al Estado, dueño de la renta como propietario del subsuelo, de recursos para motorizar la modernización, a la vez que casi determinó su puesto como conductor del proceso, y desató por consiguiente la lucha por su control.

Los reformistas de Medina Angarita, cuyo símbolo sería Uslar Pietri, lo fiaron todo a la modernización económica e institucional, postergando la participación popular, que sería para ellos la consecuencia de esa modernización, pero que no debería darse antes de ella porque unas masas no educadas por la

disciplina del trabajo moderno productivo, en vez de ayudar a la modernización, la impedirían, ya que serían presa fácil de demagogos.

Para llevar a cabo con solvencia este proceso modernizador contaron con la colaboración, que había comenzado una década antes, del segmento más profesionalizado, competente y solidario de la burguesía, que ligó su suerte a la creación de un Estado moderno, más allá de cualquier gobierno y casi independiente de todos ellos. Hay que decir que el liderazgo de esta burguesía que actuó en el Estado y no en la empresa privada, posibilitó la siembra del petróleo en el ámbito de la institucionalización estatal desde las obras públicas a la salud, a la vez que contribuyó a la creación de una burocracia estatal eficiente.

Pero lo que triunfó y llegó a su madurez institucional a partir de 1958, tras el paréntesis de la década dictatorial, no fue la modernización desarrollista sino la modernización adeca, o, mejor, puntofijista, basada en la incorporación de las masas a la vida pública, a la política, y desde ahí a la educación popular, la salud y la seguridad social.

Queremos resaltar la secuencia: en nuestro país ni el desarrollismo ilustrado ni el gobierno de las Fuerzas Armadas y el Ideal Nacional promovieron la educación pública masiva de calidad. Ésta se implantó con suma rapidez y excelencia como política de un Estado democrático, liderizado por partidos de masas. Este paso a la democracia era imprescindible ya que el carácter elitista del medinismo privaba al proyecto nacional de los sujetos populares, cuyo dinamismo era más necesario aún que el de los profesionales cualificados.

Este proceso democratizador, mediante la reforma agraria, logró una cierta modernización del campo, pero no de los campesinos. Pero sí condujo a su desplazamiento masivo a la ciudad, en la que había servicios, profesionalización, trabajo productivo y una cierta participación en la vida pública. Además en la ciudad participaron con avidez de la cultura de masas a través de la radio y enseguida también de la televisión, que en esos momentos iniciaba una fase muy creativa y hasta cualitativa, de modo que cultura de masas no equivalió de ningún modo a cultura masificada sino que, por el contrario, tuvo un impacto educativo nada desdeñable.

Ese pueblo, en proceso de capacitación y consciente de sus derechos, podía participar en condiciones de justicia social en un capitalismo nacional, basado en la sustitución de las importaciones, cuyo árbitro era el Estado, promotor por eso también de la burguesía nacional.

Es preciso insistir, porque existe el prejuicio contrario, que en esta primera fase de la democracia el tono de la sociedad no fue rentista, porque la renta petrolera fue considerada como un capital de inversión que dio muy buenos dividendos. La profesionalización de las masas campesinas, la dotación de servicios eficientes y la productividad positiva de la economía privada (de 1960 a 1974) hacen ver que no se vivió de rentas sino que en este tiempo se sembró eficientemente el petróleo en la sociedad venezolana, que adquirió hábitos de trabajo productivo, de honradez y de responsabilidad cívica, en medio de una creciente bonanza. No sólo las ciudades se modernizaron y la red vial pasó a ser la más moderna de América Latina sino que también las universidades y hasta la educación primaria popular estaban a la altura del tiempo.

Este proceso culminó en la nacionalización del petróleo. Ya que no se redujo a asumir el Estado la propiedad de la industria sino que llevó a ponerla a la altura del tiempo, con lo que supone de incorporación tecnológica, manejo gerencial, formación de recursos e investigación. El país estaba maduro para asumir ese reto crucial y lo hizo con prudencia y solvencia.

VALORACIÓN DE LOS LOGROS DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS SUJETOS Y DE LOS CONTENIDOS

Creo que estos logros deben ser altísimamente valorados. Primero porque sus contenidos fueron muy medulares y además porque fueron fruto de toda la sociedad. Empecemos por este punto: en este tiempo se puede hablar de la constitución de verdaderos y densos sujetos humanos. Pasar del campo a la ciudad y para la mayoría, ni siquiera a la ciudad sino al barrio, levantado íntegramente por ellos mismos, supone un ejercicio muy sobresaliente de la condición de sujeto. Pasar de un trabajo tradicional con escaso componente tecnológico y baja productividad a un trabajo moderno crecientemente especializado, significa una capacidad muy notable de transformación personal hacia una mayor complejidad. Pasar del ámbito reducido de la oralidad local, al profuso intercambio de la ciudad, a la lectura de periódicos y libros, a la participación en espectáculos masivos, al hábito de la radio y la televisión, es crecer en horizonte vital. Pasar de no tener ni voz ni voto y de atenerse a las directrices de los que mandan, a discutir de política y participar en comités y grupos y en manifestaciones, y decidir con su voto el destino de la vida nacional, es ganar en conciencia de sí, autonomía y responsabilidad. Pasar del confinamiento en las regiones con sus culturas pe-

culiars, a la creación, por el intercambio incesante y profuso, de una suerte de cultura nacional, es crear un cuerpo social personalizado. Por eso la gente estaba dinámicamente centrada, abierta a sus conciudadanos, comunicativa, y abierta al futuro y en paz. Todo esto constituye un avance histórico en subjetualidad, es decir, auténtico desarrollo humano.

Sintetizando los logros objetivos, podemos reunirlos en dos grandes apartados: trabajo productivo para todos y servicios públicos eficientes también para todos. En esto se sembró el petróleo. Y fue una siembra fecunda.

DEBILIDADES DE ESOS AÑOS FUNDAMENTALMENTE POSITIVOS

La pregunta inexcusable es ¿cómo fue que se perdió ese tesoro, esa verdadera riqueza nacional?

Primero examinaremos algunas debilidades de esos años. El gobierno de Betancourt fue el primero elegido por elecciones libres y universales que, al culminar su mandato, trasmitió el mando a otro Presidente electo del mismo modo. Su gestión supuso la estabilización de la democracia. Como fue una novedad en nuestra historia, es un verdadero salto histórico que debe ser altísimamente valorado. Pero el precio que pagó, que hasta cierto punto podía haberse evitado, fue la ilegalización del partido comunista y la formación del MIR como escisión de su propio partido, con el objetivo de convencer a los militares, a USA y a la Iglesia de su ruptura con ese aspecto de su pasado y de su conversión en un ferviente anticomunista. De este modo empujó a la izquierda venezolana a la órbita cubana y a la guerrilla. También es responsabilidad de esos grupos de izquierda haber caído en esa trampa y haberse dejado seducir por los cantos de sirena del espejismo de Cuba, espejismo para nosotros, ya que, a pesar de los indudables logros de esos años, no constituía una alternativa para nuestro país. Pero el precio mayor fue su propia derechización, que impidió que el proceso diera más de sí.

El presidente Leoni fue el primer presidente venezolano que trasmitió el mando democráticamente a otro Presiente de otro partido. Como además la victoria de Caldera fue por muy pocos votos, el que no se intentara fraude y el partido autodenominado del pueblo aceptara dejar el poder y pasar a la oposición, fue un verdadero hito histórico. Lo fue más aún el que Betancourt viera la alterabilidad como un bien para el país, superior al mal que era perder el gobierno para su partido, e incluso que viera que al propio partido le convenía perder la

instalación que induce el poder y tener que dedicarse de nuevo al trabajo de base y al esfuerzo crítico de la oposición. Lo negativo de este gobierno fue la represión desmedida de la izquierda desde el Ministerio del Interior comandado por Carlos Andrés Pérez.

El gobierno de Caldera tiene en su haber la pacificación y el indulto a los guerrilleros con la consiguiente incorporación de la izquierda a la vida política, una izquierda renovada, que dejó atrás el centralismo democrático y la dictadura del proletariado y asumió sinceramente la democracia occidental. Esta incorporación dinamizaría la vida política venezolana. Sin embargo su limitación principal fue no atreverse a llevar a cabo a fondo su propuesta electoral de promoción popular con la incorporación de la subjetividad popular desde organizaciones de base. Esa propuesta contiene en alguna medida lo mejor de la propuesta del gobierno actual, para Caldera la desechó por lo mismo que se desecha hoy: el temor de los que mandan al poder de base. Tal vez habría que decir que el tiempo no estaba maduro para esa propuesta, pero de todos modos el que no se implementara como se había diseñado, además de la sangría de lo mejor de la juventud socialcristiana, marca el comienzo de la involución estructural del sistema: la prevalencia del orden establecido sobre la democracia social.

Lo referente al gobierno de Carlos Andrés Pérez ya lo hemos tratado y lo seguiremos tratando en lo que sigue.

LA IRRESPONSABILIDAD INSOLIDARIA, FUENTE DE ESTANCAMIENTO Y DESCOMPOSICIÓN SOCIAL, ECONÓMICA Y POLÍTICA

El proceso involucionó a partir de la segunda mitad de los años setenta (que constituye a la vez la culminación de todo lo bueno del proceso y la instauración de todo lo malo), cuando ante la abundancia súbita por la subida coyuntural de petróleo, se dio el salto, no, como proclamaba el gobierno, hacia la Gran Venezuela sino a la corrupción y el endeudamiento irresponsable.

Pasada la coyuntura, se evidenció que el petróleo no daba ya para todo y como consecuencia empezó a fluctuar, es decir a caer, el bolívar.

Como la burguesía tenía más poder de presionar, el Estado invirtió cada vez menos en el pueblo y empezó el fenómeno de la exclusión.

Se habría necesitado una reforma tributaria, basada en el impuesto sobre la renta y progresiva, y no se acometió por contubernio entre empresarios y políticos.

También tocó techo el sistema de sustitución de importaciones, precisamente cuando empezaba a emerger la economía globalizada, mucho más competitiva.

Además la expectativa de ganancia de los propietarios fue cada vez más desorbitada y menos atada a la productividad de las empresas.

Los partidos, por su parte, pasaron de mediadores a intermediarios de los de arriba para los de abajo, y, al no representar a las mayorías, perdieron el sentido de realidad y, al mirarse sólo a sí mismos, se volvieron sectas hasta descomponerse.

Por estos factores y por la presión de la nueva época, comenzó a retirarse la burguesía cualificada del Estado, que fue perdiendo eficiencia y más todavía que se quedó sin rumbo. Fue menguando tanto la representatividad como la participación, hasta perder las masas toda esperanza en los políticos y en el Estado. A este desprestigio del Estado contribuyeron los grandes medios de difusión, que con tremenda irresponsabilidad y miopía pretendían sustituir a los partidos en la conducción del país.

La gente quiso cerrar ese ciclo que se había vuelto infecundo y por eso votó por Chávez.

PROCESOS INVOLUTIVOS: DEL POLICLASISMO AL CLASISMO, DE LA PRODUCTIVIDAD AL RENTISMO, DEL ESTADO SOLVENTE AL ESTADO PARÁSITO

Pero antes de analizar los diez años de Chávez es conveniente determinar por qué esos logros indudables de la democracia que hemos señalado, que hacen de esa época la mejor de nuestra historia, no pudieron mantenerse sino que por el contrario desaparecieron en buena medida en esta etapa regresiva que acabamos de caracterizar.

Una apreciación de conjunto insistiría en el hecho de que esa propuesta, como toda propuesta política, fue limitada, y por eso, cuando tocó techo, empezaron a emerger sus limitaciones hasta que, carente ya de dinamismo histórico porque ya no tenía objetivos, se agotó.

Esto en alguna medida nos parece que da cuenta de lo que sucedió. Pero con la salvedad de que ese ciclo democrático no cumplió con todos sus objetivos por inconsecuencias de quienes lo condujeron, que lo fueron minando por dentro.

La primera y principal fue que la democracia no llegó a alcanzar en plenitud el carácter policlasista que la definía. En las primeras fases los partidos y los gobiernos se fueron apoyando de manera determinante en las masas, en su movilización, porque necesitaban de ellas para afianzarse como alternativa frente a los que habían detentado el poder hasta entonces, tanto los militares como la oligarquía. Los gobiernos, además de emplear buena parte de sus recursos en la dotación de servicios eficientes para el pueblo, dieron poder a las masas, tanto a nivel de comités y juntas pro mejoras de los barrios, como de la central sindical y la federación campesina. Hubo continuas ayudas concretas a los de los barrios y los sindicatos tuvieron poder de negociación. Y sobre todo, el tipo de discurso y los símbolos esgrimidos apelaban constantemente a las aspiraciones y al dinamismo de las grandes mayorías populares.

Pero luego, en parte por efecto de la polarización de la guerra fría y el desmarcaje respecto del comunismo cubano, en parte por la seguridad que daban los representantes de la, así llamada, burguesía nacional a la hora de implementar las políticas económicas y cada vez más también de diseñarlas, los gobiernos se apoyaron crecientemente en los que tenían más dinero, hasta que insensiblemente los líderes políticos formaron parte de ellos, no tanto porque robaran sino porque ése fue su grupo de referencia y su entorno vital. Así dejaron el trabajo propiamente político de estar en contacto permanente con las bases para intermediar socialmente, y, en vez de contrapesar con el empoderamiento del pueblo el poder del capital, se recostaron en él, perdiendo de vista su objetivo histórico y su razón de ser.

De este modo esa burguesía, también insensiblemente, dejó de serlo, ya que resultaba más cómodo obtener rentabilidad como privilegio que obtenerla por un esfuerzo creciente de productividad. El sistema productivo se volvió rentista. Además esos pioneros que se habían levantado de la nada con enormes dosis de creatividad, sentido de la oportunidad y tenacidad, y esos ricos a la antigua que, repotenciándose en su condición de productores, se habían transformado en burgueses, fueron sustituidos por otros, a veces sus descendientes, que pusieron más atención al tren de vida, al consumo suntuoso, que al aumento de productivi-

dad. Estos ricos no arriesgaron económicamente ni crearon plusvalía sino que se especializaron en sacar cada vez más provecho de su influencia en el Estado.

Por su parte también los sindicatos y gremios profesionales perdieron su carácter democrático, tanto por enquistarse sus cúpulas en el poder sin permitir elecciones, como por abandonar la base, por confinarse cada vez más en la comisión tripartita, haciendo del gobierno y los patrones su círculo de referencia. En esas condiciones de pérdida del sentido de realidad y de su base natural, para obtener el apoyo de los trabajadores se dedicaron a presionar para obtener crecientes beneficios de un modo irresponsable, es decir, sin tener en cuenta el desarrollo de la capacitación y la productividad de los trabajadores y la elasticidad de las empresas.

El Estado sufrió dos desviaciones, a cual más funesta: Poco a poco fue perdiendo autonomía y se fue partidizando. Se admitieron empleados por méritos en el partido, que no reunían condiciones para desempeñar el puesto que se les había asignado e incluso que no ejercían ningún trabajo. Además la burocracia se fue enquistando en sus puestos, consiguiendo de hecho la inamovilidad, de manera que trabajar en el Estado era como tener un seguro de vida. El Estado comenzó a dejarse de justificar por su desempeño y llegó a ser un ser para sí. Naturalmente que siempre había en cada departamento alguien que poseía el sentido de su oficio con la responsabilidad consiguiente y, bien que mal, sacaba adelante lo que le tocaba a él y a los demás. Pero todo se ralentizaba de modo desesperante para los usuarios. Cuando hubo un proyecto serio de rescatar el Estado, examinando a cada funcionario para evaluar su idoneidad con el objetivo de sacar a todos los que no dieran la talla y emplear a los mejores por concurso, el caudillo político del partido mayoritario amenazó con retirar su apoyo al gobierno, que carecía de apoyos consistentes, y el Presidente se asustó y engavetó el proyecto. Así la institucionalización, que había llegado a ser consistente y efectiva, es decir capaz de responder establemente a los objetivos asignados y que por esa razón servía satisfactoriamente al estado de derecho con carácter social, acabó convirtiéndose en un elefante blanco, más un problema que la plataforma para resolver problemas.

Quisiéramos mencionar también dos problemas que no fueron nunca resueltos: el de la justicia y el de la seguridad social. El problema de la justicia en nuestra democracia no consistía en que no la hubiera sino en que había intangibles, para decirlo en términos gruesos, que no iban a la cárcel los ricos ni más en general los que tuvieran una institución lo suficientemente poderosa que los amparara. Con la seguridad social pasaba algo parecido: que los trabajadores

reciben jubilaciones de miseria y que cada vez más empezó a no servir el seguro de enfermedad, y por esa razón los profesionales reciben jubilaciones de sus instituciones, que no pueden con una carga tan pesada.

DOS LOGROS DE LOS AÑOS NOVENTA

Sin embargo para ser justos en nuestro balance tenemos que reseñar que precisamente cuando se estaban desarrollando estos procesos tan involutivos, tuvo lugar el proceso de descentralización con la elección directa de alcaldes y gobernadores, que significó una profundización en la democracia. Esta conquista se obtuvo por la presión de la sociedad civil y más en concreto de agrupaciones de personalidades e instituciones de mucho peso, que dio como resultado el nombramiento de una comisión presidencial para tal efecto y posteriormente la aprobación de la ley y su ejercicio.

Éste llevó a la emergencia de los liderazgos regionales y a la relativización de la estructura leninista, centralista y verticalista (el centralismo democrático, que pone todo en manos del comité central y en definitiva del secretario general), que había regido hasta entonces en los partidos, impidiendo la democracia interna y el relevo generacional.

La emergencia de la sociedad civil se expresó también en el surgimiento y el afianzamiento de organizaciones de derechos humanos, cada vez más solventes y prestigiosas. Al atrofiarse los partidos y perder transparencia y operatividad el Estado, estas organizaciones son casi las únicas barreras que encuentran los funcionarios en su propensión a la arbitrariedad por la impunidad de que gozan.

También son una barrera los medios de comunicación social, sobre todo la televisión. Pero lamentablemente en esta época, en vez de objetivadores de la situación y analistas del acontecer nacional, se convirtieron en actores desde sus intereses particulares, que pretendieron suplantar a los partidos, sin poseer avales convincentes de representatividad.

EL PROCESO DE CHÁVEZ

Decíamos que la gente quiso cerrar ese ciclo infecundo y por eso votó por Chávez. Votó por él porque se presentó como el antipartido, el sepulturero de lo

que para la mayoría de los venezolanos ya no tenía razón de ser. Pero además porque en la campaña había recorrido todo el país, caserío por caserío, casi casa por casa, entablando contacto cercano y cálido con la gente que se sentía completamente abandonada. Eso mismo, hay que recordarlo, había hecho Rómulo Betancourt sesenta años antes, y de ahí el anclaje de Acción Democrática. Betancourt había entablado contactos muy personales, pero a la vez institucionales, dejando así las semillas del partido. Chávez lo hizo de manera más impresionista, tomando contacto a nivel de las culturas populares y proponiéndose como su representante fiable y carismático.

En este ya largo proceso en la presidencia podemos distinguir tres etapas: Lo primero fue la gente. Ese encuentro con el pueblo y esa capacidad de encarnarlo simbólicamente, que se dieron en esos primeros años, siguen siendo la base de su poder. Y él lo sabe.

Para valorar lo que eso supuso para el pueblo hay que recordar que desde la segunda mitad de los años ochenta del siglo pasado, lo único que se decía al pueblo era que tenía que capacitarse para entrar en la mundialización y que, si no lo hacía, se iba a morir de mengua y abandono, porque nadie, empezando por el Estado, lo iba a apoyar: habían pasado los tiempos del populismo y sólo podía contar con sus propias fuerzas. El presupuesto era que la mayoría del pueblo quedaría excluida, y que los mejor dotados se subirían al tren de la revolución tecnológica, dejando en ello la vida y, por supuesto, dando la espalda a los suyos.

En este escenario se presentó Chávez llamándolos a la participación, ofreciéndose él como el canal sustitutivo de los partidos. Pero además los llamó a participar como los seres concretos que eran, es decir desde sus culturas populares. La gente se sintió sumamente complacida, creyó en él y en su propuesta y se fue detrás de él.

Esta llamada a la participación, secundada por tanta gente, ha sido el gran aporte de Chávez. Muchos siguen en esta etapa, organizándose, tanto para lo vecinal, por ejemplo los servicios de agua, luz y tierra, como para la defensa de los derechos del niño y el adolescente, como para la organización para la producción, como para la militancia política, como para la administración de su territorio en los consejos comunales.

Sin embargo los que se organizaron mejor y empezaron a asumir la llamada democracia protagónica, sienten cada día más la contradicción entre el poder de base que ellos representan y el proceder de los funcionarios del gobierno y del

partido, que disponen discrecionalmente de los recursos y que pretenden tener la última palabra en cómo se emplean.

Es cierto que no es fácil que el pueblo se organice desde sí mismo haciéndose cargo de su realidad y encargándose solventemente de ella. Existe el problema organizativo, el de las herramientas técnicas para la organización y el procesamiento de los problemas y de sus soluciones y el problema del control de los recursos, no sólo para que haya transparencia sino también productividad. Teniendo en cuenta esta realidad, es preciso algún tipo de sinergia entre la gente popular y profesionales competentes. Tampoco el Estado puede descargar sus obligaciones en el pueblo que está ya sobrecargado. Por este lado también se impone una sinergia entre las autoridades competentes y los grupos de base. Todo esto requiere un diseño complejo, en el que deben estar claras las atribuciones de cada quien. Pero para que la gente crezca y se obtenga una profundización de la democracia, es imprescindible que las organizaciones sean realmente de base y que no se mezcle lo político partidista con lo vecinal o lo productivo. Todos tienen que tener claro cuándo el Estado, reconociendo el principio de subsidiariedad, respeta y sirve a las organizaciones de base y cuándo las organizaciones dan lineamientos y fiscalizan la acción del gobierno.

Se tiene la impresión que el gobierno del presidente Chávez tiende a desconocer la función subsidiaria del gobierno en todo lo que no es común y básico y tiende a considerar a todos como colaboradores suyos y a encuadrarlos en sí como condición para reconocerlos y servirlos.

Pero el problema es más estructural. Porque de ahí pasó Chávez a la segunda fase: a la proclamación del socialismo del siglo XXI. En muchas ocasiones este socialismo ha sido glosado por él con frases y actuaciones de Bolívar, con lo que no vemos qué tendría de siglo XXI.

Lo que a través de la actuación vamos viendo es que eso significaría socialismo marxista leninista, incluso stalinista, es decir nacionalista sin prescindir del internacionalismo; pero, a diferencia de ellos, conservando la democracia formal, sobre todo en dos aspectos: libertad y elecciones. Esto sería lo que exige el siglo XXI para que sea viable el tránsito gradual al régimen estatista.

Libertad de expresión, pero con la ley Resorte y con amenazas a periodistas y medios e incluso multas exorbitantes a periodistas molestos. Libertad para defender los derechos humanos, pero con los tribunales cooptados por el ejecutivo y con la amenaza de una Ley de Cooperación Internacional que hipoteca

a las ONGs al Estado. Propiedad privada, pero con expropiaciones y nacionalizaciones forzadas. Educación privada, pero estrangulándola económicamente e imponiendo paso a paso las directrices bolivarianas y sobre todo intentando ponerla en manos de asambleas que no controlen los propietarios ni los docentes. Elecciones libres, pero con un CNE elegido y controlado por el gobierno, con un padrón electoral viciado que no se quiere sanear, y con discrecionalidades que dejan mucho que desear.

La existencia indiscutible de democracia formal, más el modo pésimo de conducirse la oposición en el paro y el golpe, logró en esta segunda fase la convalidación de la comunidad internacional, incluso el apoyo entusiasta de no pocos progresistas bienintencionados de Europa y de América Latina, e incluso de USA. Logró que pasaran por alto todos estos controles que en la práctica limitan drásticamente el ejercicio de la democracia y que, sobre todo, llevan a los opositores a autocensurarse, a medirse, a renunciar a sus acciones, a adaptarse mientras se pueda.

La tercera fase era para Chávez la reforma a la Constitución, que fue sometida a referéndum en diciembre del 2007 y rechazada por la mayoría. Los dos aspectos que la caracterizan son Cuba y las alianzas antiimperialistas. Ambos aspectos se corresponden: para Chávez sólo se puede hacer frente duraderamente al imperio desde un régimen de planificación y dirección centralizadas, tanto en economía como en política como en ideología, es decir desde un país comunista.

Desde siempre fue un gran admirador de Fidel Castro. A partir de las misiones, la colaboración se fue convirtiendo en poner en manos cubanas el control de la educación y salud populares y el de la cedula, íntimamente ligada a la seguridad. De ahí se pasó a la relación frecuentísima e íntima entre ambos líderes hasta el punto de que, en palabras de Fidel, avaladas por nuestro Presidente, se da la correspondencia entre ambas revoluciones y el papel de ambos líderes: así como Fidel fue imprescindible para que se consolidara la revolución en Cuba, pero ahora, según su percepción, ella está tan institucionalizada que ya se puede morir sin que pase nada, así la vida de Hugo Chávez es imprescindible para que Venezuela llegue a ser íntegramente moldeada por la revolución, como lo ha sido Cuba.

Hugo Chávez sabe que la mayoría de sus partidarios no quiere que Venezuela llegue a ser como Cuba: no quiere que el Estado sea la fuente de todos los derechos y en definitiva el único sujeto, el que define todos los parámetros de

vida social y el único empleador. Pero hacia allí nos va llevando con medidas indirectas que no causen alarma.

Es cierto que su discurso ha cambiado: Ahora no es ya el líder y compadre de cada uno, que habla del mundo cotidiano del pueblo en los términos de su propia cultura para cualificarlo. Ahora habla de Fidel, su hermano entrañable, su padre y mentor y del socialismo, que es el modo solapado de aludir al comunismo, que él sabe que sigue siendo una palabra tabú, que el pueblo no quiere oír. Ahora habla incansablemente de Bush, sale a cada rato fuera del país para hablar en contra del imperio. Si es verdad el dicho de “dime con quien andas y te diré quien eres”, Chávez anda con autócratas y con regímenes que no aceptan el pluralismo político ni ideológico, regímenes en los que el Estado define todo. Y él en cada caso señala la afinidad ideológica con ellos.

Estamos de acuerdo con él en que la política de Bush es imperialista y gerrerista, pero él no asume una postura superadora sino meramente antitética, con lo que se convierte en la sombra de Bush y no en el que abandera una mundialización en la que de hecho quepamos todos con nuestras diferencias.

UNA OCASIÓN PERDIDA

Lo más duro que se puede decir de Chávez es que representa una ocasión perdida. Disponiendo de todo el poder (incluso abusivamente, porque no reconoce la división de poderes, infaltable en toda democracia), contando inicialmente con el consenso de la mayoría y teniendo unos recursos petroleros como no los tuvo nuestro país durante todo el siglo XX, no ha sido capaz de propiciar empleo productivo en gran escala; no ha dotado de servicios eficientes de educación, salud, vialidad, electricidad y agua al país; no ha creado una seguridad social moderna y universal; y, lo más grave de todo, ha sido incapaz de proporcionar la seguridad a los ciudadanos, que es lo mínimo de lo mínimo que se debe pedir a un Estado. El que seamos el segundo país con más homicidios en América Latina, el que, más específicamente, se esté diezmando a los adolescentes y jóvenes de nuestros barrios, el que sean algo cotidiano los secuestros y los robos a mano armada, el que la policía esté implicada por contubernio y por comisión directa en todo esto, el que las cárceles no estén controladas por el Estado sino por las mafias de los mismos reclusos, el que no se pueda esperar mucho de la justicia, configura una situación imperdonable. Cualquier explicación es como querer ta-

par el sol con el dedo. Todo esto equivale a decir que no hay derecho, que no hay Estado de derecho, a pesar de las formas.

Pero además el manejar la institucionalidad y los recursos como si fueran suyos, el obrar conforme a la máxima de que el Estado soy yo, ha hecho retroceder el país hasta cuando era una hacienda de Gómez, que por lo menos logró la paz y permitió la institucionalización del Estado y de las Fuerzas Armadas, y respetaba las formas tanto como hoy y no hablaba.

Y SIN EMBARGO

Hay algunos logros importantes que reconocer a Chávez.

El primero es la repolitización del país. A fin de siglo y desde la segunda mitad de los años ochenta, política era sinónimo de algo sucio que había que evitar a toda costa. Nadie hablaba de política. Por ese derrotero, promovido por grandes medios de comunicación, por el gran capital y por intelectuales y altos burócratas trasnacionalizados, nos estábamos convirtiendo en la cola del león: un país petrolero con la mentalidad de los consorcios mundializados, en el que un pequeñísimo sector empataba miméticamente con la dirección dominante del occidente mundializado y el resto quedaba huérfano de todo apoyo, cada vez más proletarizado y desesperanzado. Sin política se imponían los poderes fácticos, unos poderes sin misericordia ni imaginación, que no pensaban ni sentían el país, que lo despreciaban, y a los demás no les quedaba ni el derecho al pataleo.

Chávez hizo ver la necesidad de la política. Gracias a Chávez mucha gente del este que ni en carro habían pisado el centro de Caracas, lo patearon varias veces y hasta se expusieron. Gracias a Chávez el pueblo se puso a debatir la situación y sus salidas, aportaba datos, razonaba, opinaba, sentaba posición y la defendía. Gracias a Chávez las clases medias emprendieron muchas iniciativas de análisis y discusión a fondo.

El límite de este vasto movimiento ciudadano de repolitización es que todavía no ha salido ningún partido a la altura de la situación que canalice estos fermentos. No ha salido en el gobierno porque el personalismo de Chávez lo impide. No ha salido en la oposición, en parte porque el mito, tan dañino, de la unidad, ha impedido el deslinde entre los de antes y arriba y los de la alternativa a Chávez, y en parte porque faltan equipos que tengan visión de esta organización alternativa y apuesten por ella.

El segundo logro que debemos a Chávez es que los de abajo están ya en primer lugar. Antes de llegar Chávez el abandono del pueblo era tal, que el porcentaje del presupuesto estatal destinado al pueblo era menor que el de Chile de Pinochet o el de la Argentina de los militares. Hasta ese abismo llegó la avaricia e insensibilidad de políticos, empresarios y en general fuerzas vivas. Realmente que en los últimos gobiernos no se invirtió nada en el pueblo. Pero peor fue que no se lo tomó en cuenta, que nadie se refería a él, que no existía para todo aquel que tenía algún poder o representatividad. Y el desprecio y la prescindencia amargaban más a la gente que la falta de recursos. En este sentido primordial, no vivíamos en una democracia, ya que, si la democracia es el poder del pueblo, y la mayor parte del pueblo, que son los de abajo, que es el pueblo pueblo, no contaba nada, eso era en realidad una oligarquía. El Presidente tiene razón en esa apreciación tan peyorativa de lo que había antes de llegar al poder.

Ahora los de abajo están en primer lugar, tanto como en el trienio adeco y más que en los quince primeros años, que son la época dorada de nuestra democracia. En esos años el Estado favoreció, como hemos insistido, tanto que pueblo avanzara exponencialmente en su condición de sujeto personal y social, como que tuviera condiciones objetivas de servicios y trabajo productivo, con las que se pudiera transformar superadoramente. En este sentido las condiciones fueron mejores en esos años que ahora. En lo que ahora estamos mejor es en la preferencia. Antes el Estado favoreció al pueblo y a los empresarios. Ahora ha preferido al pueblo. Creemos que lo ha hecho mal, en cuanto que disponiendo de muchísimos más recursos que entonces, no ha logrado ni aumentar el trabajo productivo ni mejorar los servicios. Pero ha logrado lo que podemos considerar un acuerdo nacional: que la alternativa a Chávez tendrá que mantener esa preferencia al pueblo y materializarla en obras efectivas que lo potencien. Para lograrlo tendrá también que incorporar, como entonces, a lo mejor de las clases profesionales, pero al Estado no al gobierno. Y tendrá también que pactar con el empresariado, con reglas claras, que eviten hipotecarse a él, pero con su concurso y consiguientemente con el mercado, libre de oligopolios y devuelto a su fluidez.

Un tercer logro de Chávez es una especificación de este segundo y un avance respecto al período anterior. Hemos insistido en que Chávez comenzó dialogando con el pueblo en el lenguaje y los símbolos y más aún en el tempo, en el ritmo, de las culturas populares. Eso le fascinó al pueblo. Y con razón porque era una novedad.

Los quinientos años de la presencia europea en nuestro país y en nuestro continente han estado marcados por el dominio de los occidentales. Este dominio al principio fue compartido entre los occidentales peninsulares y los americanos. Luego, a partir de la emancipación, se quedaron con todo el poder los americanos. Pero hubo un tercer período, que en nuestro país coincide con la democracia, en el que los occidentales americanos comparten el poder con los americanos no occidentales, con la condición de que dejaran sus culturas y se occidentalizaran. En esto consistió precisamente el proceso de modernización: en la occidentalización integral del pueblo venezolano y en la incorporación del país a la economía cada vez más globalizada y a las instituciones internacionales.

Pues bien, la interlocución constante de Chávez con el pueblo, muchos gestos simbólicos que ha realizado y su política cultural han ido en la dirección de dar contenido a lo que dice el prólogo de la Constitución: que somos un país multiétnico y pluricultural que tiene que constituirse en estado de justicia. Chávez ha visibilizado las culturas indígenas, la afrovenezolana y la campesina y en una medida menor la suburbana. En este sentido acertó Luis Herrera cuando, al ganar Chávez las elecciones, avisó: “saquen las alpargatas, que lo que viene es joropo”.

Tenemos que decir que esta insistencia de Chávez es muy oportuna y muy sabia. Ya que sólo desde sus culturas, a través de ellas, pueden los seres humanos constituirse en cualitativamente humanos. Naturalmente que también tienen que transformarlas, poniéndolas a la altura del tiempo e incorporando los bienes civilizatorios, en nuestro caso de la mundialización. Pero no puede obviarse, como se había venido haciendo, el ser cultural de nuestro pueblo, ni darlo por perimido y confinarlo al folklore. La vigencia de *Un solo pueblo* y antes aún de *Madera* en los años anteriores a Chávez, hace ver lo que significa la asunción de lo popular en lo cotidiano, más allá de lo folklórico.

En este camino, primero ascendente y luego descendente, hubo aciertos en la conducción (tanto de políticos como de sectores de la burguesía) y desaciertos crecientes en la última parte. Pero siempre se mantuvo el objetivo de la modernización, que se entendió como Este horizonte es el que queremos cuestionar. Sin modernización, en términos actuales, sin asumir los bienes civilizatorios del occidente mundializado, no seremos un país viable. Pero tampoco lo seremos, si nos confinamos en ese horizonte.

Si hacemos un balance del siglo pasado tenemos que admitir que la paz interna, la democracia, una cierta homogeneización (es decir la adopción de ciertos

parámetros en los que todos nos reconocemos y de ciertas reglas de convivencia en las que en principio hay acuerdo), el proceso de urbanización, la dotación de servicios básicos (educación, salud, agua potable, cloacas, luz, vialidad), la capacitación de un número significativo de venezolanos, son indicadores de que el proceso de modernización ha sido exitoso.

Sin embargo, el que nuestra economía dependa del petróleo, el que aún no se normalice la recaudación de impuestos, el que no se haga respetar la ley ni por parte de las fuerzas del orden ni de los jueces, el que cada vez se ahonde más la brecha entre los que disfrutan de los adelantos del mundo desarrollado y de algún modo contribuyen a él y los que no pueden entrar al sistema; el que no existan partidos políticos modernos; el que el Estado sea tan ineficiente e irresponsable respecto de la ciudadanía; el que el sector privado de la economía tenga tan poco impulso; el que la gente preparada o emigre del país o intervenga poco en la vida pública... son indicios de que el proceso está distorsionado y no ha alcanzado suficiente desarrollo.

Pero el individualismo insolidario, la fortaleza del crimen organizado y el narcotráfico, la magnitud de la corrupción no sólo pública sino en las empresas privadas, el imperio de la televisión y las modas, la privatización de los espacios públicos, el predominio del consumo sobre la producción en el imaginario, en la organización del sentido y en la diversión y el descanso; la presencia galopante de estos subproductos que podríamos considerar como el desecho de la modernidad, nos lleva a plantear que, además de reconducir el proceso de modo que podamos acceder con más plenitud a los bienes civilizatorios y culturales del occidente mundializado, deberíamos orientarlo en un sentido que desborde sustancialmente el ámbito de la modernidad. Tenemos que decir que desde el corazón del occidente mundializado pensadores lúcidos también lo vienen señalando. En lo que se llama la posmodernidad se agrupan tendencias heterogéneas. Entre ellas, anudando, por cierto, con planteamientos de la escuela de Franckfurt, las de quienes creen que hay que abandonar de modo resuelto la voluntad de poder que ha comandado todo el proceso tornándolo opresor, individualizador y destructivo, y que hay que desarrollar aspectos preteridos y aun sacrificados a este proceso como la convivialidad, el sentido lúdico, la dimensión estética, el respeto y la comunión con la naturaleza, el silencio y la contemplación, la gratuidad y la donación de sí como expresiones antropológicas fundamentales, la religación con el misterio, la religión...

Nosotros también lo planteamos desde la relativa exterioridad al sistema de las culturas populares, desde el dolor de los excluidos, que son las víctimas de esta dirección que tomó el proceso comandado por corporaciones transnacionales, y desde la trascendencia de nuestra identidad cristiana.

Esta trascendencia nos ha permitido superar la relación ilustrada con el pueblo venezolano, dejar de considerarnos como el paradigma, rectificar procesos emprendidos y pergeñar una dirección en nuestras propuestas que logra un verdadero desarrollo humano, incorporando los bienes civilizatorios y culturales del occidente mundializado e incluso una relación orgánica con grupos que pertenecen a él, pero desde el propio ser cultural y espiritual de la gente popular, transformado también en el proceso. También nosotros nos vamos transformando en él. Consideramos que todavía estamos en una fase preliminar en la realización de este proyecto. Pero nos parece que vamos por buen camino y que es oportuno teorizar lo que vamos recorriendo.